

canta la noche y con su canto lava  
las visiones que al alma congojosa  
le metió bajo el sol que el cielo cierra  
el silencio mortal del medio día.

---

## NARRATIVAS

## BESO DE MUERTE

---

Iba á besarla cuando, grave, el padre:  
«niño»! y ella,  
alzando aquellos ojos  
hinchidos de hermosura y de tristeza  
con los pálidos labios exangües  
la pobre enferma!  
susurró dulcemente:  
«Muerte, hijo mío, en mi boca se cela...  
bésame con los ojos, de lejos,  
así, con los ojos, mi prenda!»  
y surcaron sus blancas mejillas hundidas  
dos lágrimas lentas.  
«Llevarán la muerte,  
dí, también ellas?»  
y del hombre los ojos severos  
se anegaron en pena,  
y surcaron también sus mejillas  
lágrimas llenas.  
«Quién sabe si bebió ya de mi boca

el jugo que envenena,  
quién sabe si á su rastra el pobre pronto  
ha de seguir mi huella?  
por qué morir tan joven,  
al verdecer la tierra?  
Dime tú que escudriñas  
del misterioso cuerpo la entretela,  
qué oscura sombra es ésta que me arrastra  
que mi mirada vela?  
Morir así, esparciendo  
la muerte en derredor... Espera...  
sí, ya pasó... creí que me moría...  
al empezar la vida... pasajera...»  
«No te acongojes... calla...»  
«Sí, está bien, hasta el hablar me vedas...»  
«No, mujer, sí no es eso...»  
«Deja que en paz me muera,  
en paz y á gusto... sin tropiezos...»  
«Habla, sí, dí, mujer, dí cuanto quieras...»  
«Decir... decir... y díme... no me atrevo...»  
«Y por qué no? qué quiéres? sé sincera...»  
«Una vez... sólo una vez qué importa?  
¡ay, qué poco me queda!  
por una vez qué riesgo correrías?  
ah, no me atrevo... deja...!»  
Y al borde de la muerte su mirada  
súplica era de amor, toda una queja!  
Y él sintió sus entrañas  
que se fundían en piedad extrema  
dobló la frente,

juntose húmeda boca á boca seca,  
y un largo beso  
llevó como viático la enferma.  
Y al levantar su boca, acongojado,  
dejó á la otra muerta.  
«Si en él bebí la muerte—pensó el hombre—  
bendita sea!»

## MUERE EN EL MAR

### EL AVE QUE VOLÓ DEL BUQUE

---

Me duelen las alas rendidas del vuelo,  
el pecho me duele; arriba está el cielo  
y abajo está el mar.

No veo ya el buque ¿por qué de él saliera  
creyendo á la isla de paz duradera  
poder arribar?

El cielo callado no ofrece ni rama  
que pueda tenerme y fiero el mar brama;  
¿por qué te dejé?

Ni en aire ni en agua posible es posarme,  
las alas me duelen; el mar va á tragarme  
y muero de sed!

Las alas me duelen, la sed me enardece;  
ya casi no veo; la Esfinge me ofrece  
sus aguas sin fin.

Y el canto de cuna, me canta la tumba  
y espera cantando que pronto sucumba;  
tragarme ella en sí.

Volando, volando, no encuentro un islote,  
ni un troneo perdido; y el viento es mi azote;  
no puedo posar.

Las olas traidoras, sus crestas me brindan  
que fingen peñascos, que tal vez me rindan,  
me logren tragar.

Son olas traidoras, del cielo las crestas,  
pedrisco tan sólo soportan á cuestras,  
en su cerrazón.

Nos mienten sus flancos; les falta sustento;  
en ellos no puedo posada un momento  
cobrar corazón.

Aire sólo arriba, sólo agua debajo,  
yo sólo mis alas, ¡qué recio trabajo  
este de volar!

Porque, oh dulce buque, dejé tu cubierta,  
volando á la patria que encuentro desierta,  
de la inmensidad.

Mi buque velero, soñé en tus cordajes,  
del bosque nativo los dulces follajes,  
el nido de amor.

Tus velas me dieron su sombra y su abrigo,  
dejé tu cubierta ¡qué duro castigo  
me aguarda, Señor!

Me duelen las alas ¡ay! me duele el pecho,  
y terribles ganas—abajo está el lecho—  
siento de dormir;

de dormir el sueño de que no se vuelve,  
mi encrespada cama como se revuelve;  
qué será de mí?

Ahora mar encima, cielo abajo veo  
todo ha dado vuelta, menos mi deseo;  
fuerza me es volar!

Sobre mí el oceano siento se embravece,  
á mis pies el cielo tiéndese y me ofrece  
su seno de paz.

Sobre mi cabeza ruedan ya las olas,  
ved que yo me muero, que me muero á solas,  
sín consolación!

Oh que hermoso cielo veo en el abismo;  
si será aquél cielo? si será éste el mismo?  
si será ilusión?

Va el cielo á tragarme; es que subo ó caigo?  
es que me desprendo, ó es que prendo  
es ésto morir? [arraigo?

Dónde está el abajo? dónde está el arriba?  
es que estoy ya muerta? es que estoy aun  
[viva?

es esto vivir?

Oh, ya no me duelen, ved, sobre ellas floto,  
la cabeza hundida, y en el pecho roto  
me entra entero el mar!

Voy en él durmiendo, voy en él soñando,  
voy en él en sueños volando volando,  
sin jamás parar.

## QUEJAS DE LA ESPOSA

---

Cuando te pones de hinojos  
el corazón se me ensancha;  
alza á la Virgen tus ojos,  
ojos sin mancha,  
reza conmigo, mi amor.

Reza por él, porque vuelva  
á mi jardín recojido,  
en lo peor de la selva  
lucha perdido,  
tras hechizo engañador.

Pide hijo mío, á mis brazos  
la dulce Virgen le traiga;  
de la hechicera en los lazos  
pide no caiga  
reza, hijo mío, con fé.

Oh, te engendró en mi cariño,  
¡de mis recuerdos tesoro!  
calla, no llores, mi niño...  
si es porque lloro  
yo contigo lloraré...!

Entre lágrimas mezclamos  
mi pesar y tu inocencia,  
tal vez así lograremos  
de la clemencia  
del Señor le torne á paz.

Tú no sabes porque lloras,  
si no lloras por mi llanto,  
llegarán las tristes horas  
de tu quebranto  
y lo que hoy lloras sabrás.

Reza tú que no conoces  
el peligro que te amaga,  
oye mejor Dios las voces  
á que no estraga  
de la dicha el interés.

Reza tú, limpio cordero,  
reza conmigo, hijo mío,  
pide le vuelva al sendero  
vera del río  
donde sus penas lavé.

Del río de la costumbre  
sola fuente de sosiego,  
pide á la Virgen le alumbre  
¡pobre, está ciego!  
pide que le vuelva á mí.

Y que en mis brazos olvide  
sus fugitivos ardores,  
pide que siempre el que pide  
por ley de amores  
vence y logra recibir.

Los besos con que hoy te besa  
llevan veneno y mancilla,  
y en ellos sucia pavesa;  
por lo sencilla  
no mancha á tu alma su ardor.

Cuando te besa bien veo  
como tus ojos me miran,  
tú no lo sabes, mas creo  
que ellos suspiran  
mientras sonries, mi amor.

Torpes votos me provoca  
de rencor mi desventura...  
reza tú, porque en tu boca  
pura se apura  
la oración de toda su hez.

Lleva á la Virgen mis duelos  
en alas de tu pureza  
reza alegre, que en los cielos  
es mi tristeza  
de la carne pequeñez.

Reza, hijo mío... Sonríes?  
Así te quiero, risueño...  
(Corazón, no desconfíes  
de que tu dueño  
si te esfuerzas, vuelva á tí)

Levántate ya, hijo mío,  
que estoy serena y tranquila,  
no ves que también sonrío?  
ya no vacila  
mi pobre fé, ya vencí!

Ven á mis brazos, mi prenda,  
quiero en los ojos besarte...  
Contigo al lado en mi senda,  
Dios de mi parte,  
qué me importa lo demás?

Y ahora vete, corre, canta...  
adios!... ya se fué... Me muero!  
¿hasta cuándo, Virgen santa,  
pesar tan fiero?  
me muero... no puedo más!

---

## EL CIPRÉS Y LA NIÑA

---

Junto á la verde albahaca  
está la triste niña,  
el codo en el alféizar,  
la rosada mejilla  
descansando en la mano  
y clavada la vista  
de la calle en el fondo  
donde en el cielo linda  
la cerca del convento  
tras de la cual estira  
un ciprés solitario  
su negrura nativa.  
Está á ver cuándo llega,  
esperando la cita.  
Hace ya largo tiempo  
que sueña, aguarda y mira,  
el codo en el alféizar,  
la rosada mejilla  
descansando en la palma

de la mano y perdida  
la mente soñadora  
tras del ciprés, la niña.  
Quién, cuándo, dónde y cómo  
á la triste dió cita?  
Quién? Ella no lo sabe;  
cuándo? en los dulces días  
en que perdió la infancia  
al recojer la vida;  
dónde? en el medio mismo  
del alma ya intranquila;  
cómo? con qué palabras?  
sin palabras! Suspira  
desde el fondo del pecho  
y aguarda ¡cuitadilla!  
Cuando el sol la despide  
llevándose otro día,  
del ciprés la negrura  
con su arrebol aviva.  
En el cielo encendido  
severo se perfila  
como columna trunca  
resto de alguna ruína,  
y parece decirle:  
ten paciencia, hija mía!  
Sobre él pasan las nubes  
como pasan los días,  
y el galán de los sueños  
no acude, no, á la cita;  
y entre tanto atalaya



el ciprés la campiña.  
Mirándole amorosa  
la pobre le decía:  
mi negro centinela,  
cuando llegue, me avisas,  
avísame si duermo,  
no me dejes dormida,  
despiértame si pasa,  
que se me van los días  
y se me va con ellos  
la esperanza de dicha.  
Y el ciprés esperaba  
y esperaba la niña  
y el galán esperado  
tanto esperar se hacía  
que dió en pensar la pobre  
en la huerta tranquila  
que detrás de la cerca  
su reposo le brinda.  
Se encerró en el convento  
buscando allí la dicha  
que en el mundo no hallaba,  
esperando la cita  
del galán de los cielos,  
esperando rendida  
que el Esposo Divino  
la llamara algún día.  
Y allí todas las tardes  
se sentaba la niña  
del ciprés á las plantas,

el codo en la rodilla,  
en la pálida mano  
la pálida mejilla,  
y la mente que sueña  
en los cielos perdida.  
Y al ciprés confidente  
la pobre le decía:  
¡mi negro centinela!  
cuando baje me avisas,  
avísame si duermo,  
no me dejes dormida,  
despiértame si pasa,  
que se me van los días  
y se me va con ellos  
la esperanza de dicha.  
Y el ciprés le responde:  
ten paciencia, hija mía!  
Con paciencia muriose,  
de esperar se moría,  
y al pie del árbol negro  
le dan tierra bendita.  
Y allí espera la pobre,  
allí espera dormida  
á que por fin le llegue  
la hora de la cita.  
Y en las serenas tardes  
de los tranquilos días  
cuando el sol al ponerse  
los cielos encarina,  
el ciprés solitario

que á la infeliz cobija  
parece susurrarle:  
ten paciencia, hija mía!  
Y la albahaca? Se hiela  
una mañana fría  
en que un galán que pasa  
en busca de la dicha  
al levantar los ojos,  
hambrientos de la niña,  
se encuentran, bajo el cielo,  
la ventana vacía.

---

## SÍSIFO

---

κατὰ δ' ἰδρώος  
ἔρρεεν ἔκ μελέων, κολίη δ' ἔπ κρατὸς ὄρωρει

Odisea XI 599—900

Siglos de siglos la maldita roca  
volteó, abrumado, hasta la cumbre Sísifo;  
con el roce molíala, y en polvo,  
que coronaba en nube su cabeza,  
la iba esparciendo sobre el suelo el viento  
que enjugaba el sudor que el cuerpo baña  
del condenado. Y la montaña misma,  
la de empinada cresta, se embotaba  
como diamante á friega de diamante.  
Vencedor del suplicio, está el soberbio  
descansando— ¡descansa al fin!— tendido  
de una colina sobre el lomo suave,  
con paz respira y en la mano tiene  
un rodado pedrusco con que juega